

# Homilía. Misa Crismal

*Catedral de Cádiz. 12 de abril de 2017*

Queridos hermanos, Pueblo Santo de Dios, queridos sacerdotes:

El mundo tiene necesidad de Dios, y no de un dios cualquiera, sino del Dios de Jesucristo, del Dios que se hizo carne y sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que resucitó y creó en sí mismo un espacio para el hombre. El, para salvarnos, asumió el camino de la carne, la materia, la vida.

En esta Misa Crismal se bendicen los santos óleos --de los catecúmenos y de los enfermos-- y el santo Crisma. Este aceite servirá para la unción de los enfermos y para los demás sacramentos, y los óleos Santos unguirán nuestra carne para hacerla lugar de ofrenda, de sacrificio, de culto y de santidad. Jesús nos hace así capaces de salvación ofreciendo la propia carne, pudiendo cargar con el mal del mundo y compartir el dolor, absorbiéndolo en la propia carne hasta el final, como hizo Jesús. Por esta razón en esta Misa de todos los fieles los sacerdotes hacemos la renovación anual de las promesas que pronunciamos el día de nuestra ordenación.

El día de Jueves Santo el Señor encomendó a los doce la tarea sacerdotal de celebrar, con el pan y el vino, el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre hasta su regreso. Los sacrificios de la Antigua Alianza han sido derogados y sustituidos por el don del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, que es el don de sí mismo. Este nuevo culto se fundamenta, ante todo, en que Dios nos ofrece un don, y nosotros, colmados por este don, nos hacemos suyos: la creación vuelve al Creador. El sacerdocio, desde entonces, se ha convertido en algo nuevo que se comprende solamente en el misterio de Jesucristo. Es El quien nos lo da, puesto que sólo él puede decir: «Esto es mi cuerpo - Esta es mi sangre». Por el misterio del sacerdocio de la Iglesia nosotros, míseros seres humanos, en virtud del Sacramento, podemos hablar con su «yo»: «in persona Christi». Jesús quiere ejercer su sacerdocio a través de nosotros y la celebración del Jueves Santo nos lo recuerda de nuevo para que volvamos a aquella hora en la que Él puso sus manos sobre nosotros y nos hizo partícipes de este misterio y que, de este modo, no se desfigure el don más grande que se nos ha dado por el desgaste diario al que estamos sometidos. Démosle de nuevo nuestra vida, nuestra carne, para que él pueda venir al mundo y transformarlo.

Antes de renovar nuestras promesas, sin embargo, y si queremos ser sinceros, debemos mirar a nuestro alrededor. Nuestro mundo, la sociedad en que vivimos, se pregunta si **tiene futuro el sacerdote hoy**. ¿Para que vale un sacerdote? ¿Puede ser aun fuente de esperanza? ¿Que responderemos nosotros? A mi entender, la única respuesta que podemos ofrecer es la que nace aquí, en la celebración del Jueves Santo, en el Sacerdocio de Cristo y en la llamada que Cristo nos ha hecho a nosotros. El sacerdote no solo tiene lugar en nuestra sociedad hoy, sino que es imprescindible y, si se me permite, sin ánimo de exagerar, yo diría que más que nunca. Eso sí, con una condición: solamente será valioso a condición de que sea fiel a su vocación y a su misión, si se arraiga en lo que verdaderamente es y está llamado a ser, es decir, si el sacerdote es maestro, padre, médico y pastor.

La cultura dominante pide al sacerdote que esterilice su misión sacerdotal, que reduzca la abundancia de su vida sacerdotal, que se limite a mejorar la existencia terrena del hombre, pero que desconfíe del don grandioso de Dios. El mundo le promete que será aceptado si cumple una misión social, pero no lo será si vive como consagrado, portador de gracia y de esperanza eterna.

El futuro del sacerdote, sin embargo, está en ser lo que Dios le pide que sea, en sembrar esperanza teologal, en ser hombre de Iglesia que cultive la comunión --no la disidencia--, en abrirse a los carismas. Tiene valor si realmente es **padre** porque engendra nuevos hijos para Dios y cuida de ellos hasta dar la vida por los que se le han confiado; si es **maestro** porque educa con la sabiduría de Dios, con la *mens Dei* (no la mentalidad mundana materialista, egoísta o política de la sociedad que nos rodea); si es **médico** auténtico capaz de curar las dolencias del pecado y de la corrupción con el bálsamo de la caridad y la medicina de vida sobrenatural en la que nos sanan los sacramentos; y si es **pastor**, si tiene identidad sacerdotal, si no se ha mundanizado, y da la vida por sus ovejas librándolas de los lobos feroces del pecado y las ideologías anticristianas que buscan destruir al hombre en lo más profundo.

Demos gracias al Señor por todo ello, por el sacerdocio de Cristo, por ser el Buen Pastor. Pero quiero daros las **gracias también a todos vosotros**, mis queridos **hermanos sacerdotes, por aceptar ser sacerdotes como El, y por vuestra fidelidad**, por vuestro esfuerzo personal y vuestro trabajo por estar al frente de la iglesia, sirviendo a la iglesia *in persona Christi Capitis*, ofreciendo vuestro cuerpo con el suyo en cada eucaristía, dejando que el fuego del Espíritu os consuma como una ofrenda en el altar de la vida, y repartiéndoos como pan eucarístico para alimentar a los demás con vuestra palabra y ejemplo. Recordemos con gratitud aquí a aquellos sacerdotes mayores que nos edificaron con su ejemplo, especialmente a los ancianos y enfermos que hoy no pueden estar aquí, pero están unidos a esta Misa desde sus casas; y, principalmente, a nuestro querido obispo emérito D. Antonio Ceballos, de delicada salud y avanzada edad, que nos encomienda siempre desde su retiro y pide nuestra oración.

El Señor ha dado la vida en el calvario por la salvación de los hombres. De esta **entrega** eucarística **martirial** vivimos nosotros y todos los fieles cristianos. No podemos olvidar hoy a los mártires contemporáneos de la Iglesia perseguida, especialmente las víctimas de los atentados recientes de las Iglesias de Egipto, como lo han sido anteriormente en Pakistán, Nigeria, Corea, India, etc., Recordemos también al Superior de los Hermanos de la Cruz Blanca de Venezuela. (Quiero expresar nuestra solidaridad y condolencias a los hermanos de nuestra diócesis, de las comunidades de Algeciras y de Ceuta).

Hermandos: **dispongámonos a reafirmar nuestro "sí"**, ante la nueva llamada que nos hace ahora Jesús, nuestro único Señor. No hay más que un camino para orientar nuestro corazón: el sacerdote, para vivir su vocación, debe **comenzar siempre por el final**, es decir, **a partir de Cristo Resucitado**, mirando la vida de la Iglesia, la llamada de Dios, etc., que comienza en Cristo Resucitado, que es su destino final. Allí está su destino, el hombre perfecto; allí está su ideal, allí está su meta, allí está su camino, allí está la Verdad. El sacerdote está llamado a colaborar en este trabajo de orfebrería de Dios encauzando todo hacia su destino en Jesús. Es así como el ministerio del sacerdote es un ministerio de luz, pues ilumina la meta última de todos los caminos del hombre. Esta misma luz ilumina nuestra vida en medio de la confusión, la mundanización o cualquier otra posible tentación.

Tenemos la misión de **enseñar**, sencillamente, comprendiendo que Cristo no es "un" maestro, sino "el" Maestro. Escuchemos a Cristo Resucitado. El sacerdote se pone a su servicio y sabe que el verdadero maestro es Jesús, que es siempre buena Noticia, Evangelio, y que su Espíritu Santo habla al corazón de la persona que se abre a El. El mundo ha de saber que pronunciamos la voz de Jesús, para que resuene en el interior de cada uno. Ahora bien, para ello debemos leer, meditar, imitar día tras día a los SS. Padres, verdaderos maestros de vida sacerdotal, clarividentes en pensamiento y ejemplo, expertos en unir en la propia vida la doctrina y la vida. Y, sobre todo,

hablar permanentemente con Jesucristo, compartiendo todo en diálogo de amor con El, estando a su lado. (El evangelio dice: “los eligió para que estuviesen con El y para enviarlos a predicar”). Esto significa evitar la mentira, la maledicencia y la exageración propia y ajena, evitando acostumbrarse a vivir en circunstancias donde la falsedad es algo usual. Dejar de lado cualquier modo, por sutil que sea, de faltar a la verdad.

El Papa Francisco nos alienta a “**acompañar**” personalmente a las familias, --a cada persona, a los jóvenes, etc.--, como parte esencial de nuestro ministerio. San Pablo descubrió que ejercía una verdadera paternidad espiritual con la predicación y enseñanza de la Palabra de Dios, que es como una semilla que se siembra, que engendra a los hijos De Dios. El sacerdote habla la Palabra de Dios que antes ha escuchado. De este modo se enriquece nuestra paternidad sacerdotal por lo que damos, por cómo hacemos crecer a nuestros hijos. La entrega es fuente de fecundidad y de felicidad personal. “Reservarse”, vivir para sí, “conservarse”, no nos enriquece, sino que nos empobrece. Engendramos hijos a la vida divina ejerciendo los *tria munera*: **enseñar, santificar, gobernar**. Enseñando a vivir con plenitud la vida humana siguiendo a Cristo como discípulos (cf. GS 22,41), educando y haciendo comprender que seguir a Jesús nos hace más humanos, para descubrir de este modo nuestra vocación sublime. Cristo nos ha dado la llave de lo humano, la plenitud de nuestros deseos y búsquedas, la comunión con Dios, y erradica de nosotros lo que nos aleja de ella, sobre todo del pecado. A partir de Cristo descubrimos la grandeza del hombre.

La paternidad supone, pues, para nosotros, **aspirar a la santidad** según los mandamientos y los criterios evangélicos que hacen ver que los santos son reales, pues los hace la **gracia de Dios**. Somos instrumentos de la gracia, administradores de los misterios de Dios y los sacramentos son el gran regalo de Cristo, que generan comunión, pues nunca son individuales, sino que nutren relaciones en la Iglesia. Sin sacramentalidad no hay eclesialidad ni comunidad. Por esto los sacramentos deben acompañar la maduración de la fe desde su inicio. El sacerdote vive este ministerio de santificación y lo transmite por la palabra, por los sacramentos bien vividos y por su oración de intercesión; por cómo vive la eucaristía (diaria, devota, adorante, preparada, agradecida). Así se muestra que el ideal que propone Jesús es realista y práctico, pero es gracia, no un pelagianismo. Los corazones pueden ser transformados por la gracia de Dios y su perdón, y salir del pecado. **Vivamos bien la liturgia y eduquémonos en la celebración fructuosa de la Misa**, aprovechando la nueva edición del Misal Romano. Nuestra celebración es siempre alimento, y, si es profunda y bella, evangeliza por sí misma. Una mala liturgia es destructiva para la fe católica. Por eso hay que celebrar con devoción, con implicación interior, con respeto y preparación, con unción, sin que lo sagrado se convierta en costumbre.

Dios llama a una vida grande, positiva y plena, por lo que hay que superar el miedo a predicar la verdad con “**parresia**” **profética**. El miedo nos viene hoy por relajación, por no implicarnos, por evitar problemas. En este tiempo de “posverdad”, cambiar el sentimiento por la verdad convierte al hombre en un juguete de sus intereses, manipulable, y sin verdad pierde su camino. Para muchos la verdad ha perdido valor. El “charlatán” es el máximo contribuyente a la *posveracidad*, pues potencia la desconfianza y la tensión en la sociedad. Cristo, sin embargo, nos hace capaces de conducir, de inspirar y corregir a los demás para caminar hacia la meta. Pero esta representación de Cristo que nos hace pastores que rigen la comunidad, guías, nos exige dar ejemplo de sacrificio

por vivir como El. Solamente predicar la cruz de Cristo, que "nos amó hasta el extremo", nos libera del sentimentalismo y del temor a la verdad.

Hemos sido **ordenados en una Epiclesis donde desciende el Espíritu Santo sobre nosotros**, como para la consagración del pan y del vino en la eucaristía. "El Espíritu de Dios está sobre mí", hemos escuchado. El ministerio sacerdotal es un "**ministerio del Espíritu**" (cf. San Pablo) que se ejerce en el Espíritu y por inspiración del Espíritu Santo. Somos recipientes del Espíritu por el sacramento del orden que nos regala una identidad nueva para ser uno con Cristo, otros Cristo, y convertirnos en manantial, en canales de gracia, en fuente de vida. El Espíritu suscita en nosotros una colaboración (cf. LG 62) que, en la medida en que somos obedientes a su palabra, nos convierte en instrumentos vivos, animados, con libertad y creatividad propia para obrar en su nombre. Por eso lo importante es el ser, antes que el hacer o el tener, como recordaba tanto san Juan Pablo II. **Lo importante es "ser sacerdotes", llenos del Espíritu, en relación constante, directa y plena con El, dóciles a sus mociones, para que su gracia se desborde en nuestra obras.** De este modo el sacerdote se santifica santificando. El nos hace capaces de reconciliar, de perdonar en nombre del Señor, de abrir el camino hacia la sanación y la libertad. Porque el sacerdote es el hombre del Espíritu, es también el hombre de la Cruz y de la Eucaristía, que es donde se vive y se aprende la entrega. El Espíritu no es algo etéreo, puesto que Dios es amor. Dios es real, poderoso e invisible, pero personal y práctico.

Como Cristo, somos **signo del amor universal y pleno de Dios que llena el corazón**. Nuestra vida hace referencia a la **paternidad** de Dios. Es el camino para mostrar el verdadero **amor de un desposado, el sacrificio y la autodonación** que va más allá de la solidaridad y el utilitarismo, pues apunta hacia Dios fuente del amor. El sacerdote, en su entrega total es contra-cultural, pero un antídoto al amor-líquido. Es padre siendo célibe porque hace familia, hace comunidad. Esto significa saber hacer comunidad, comunidad parroquial, sentido diocesano. La verdadera paternidad libra al sacerdote de ser un funcionario, un gestor, el *manager* de la parroquia. Le hace ser alguien que lleva hacia Dios y que engendra a la vida eterna a nuevos discípulos del Señor, a los que llama a la fe y a la conversión moral, dentro de la familia que es la comunidad donde se comparte la cosmovisión cristiana, donde se valora a la iglesia y se hace atractivo el seguimiento de Cristo. ¡Qué gran misión poder curar los corazones desgarrados y consolar a los afligidos, y cuidar de los pobres y necesitados! (cf. Is 61, 1-9). Es necesario seguir volcándonos en atender a los excluidos que carecen de pan, trabajo, hogar o cultura. Es urgente salir a las periferias y llevar la Buena Noticia a los pobres de bienes, o de esperanza. Nuestra vida es para los demás, solidarios con los gozos y los sufrimientos de todos. No podemos dejar de evangelizar.

¿Recordáis aquel **manuscrito medieval** encontrado en Salisbury? Describe así al sacerdote: "Un sacerdote debe ser al mismo tiempo pequeño y grande, noble de espíritu, como de sangre real; sencillo y espontáneo, como de raíz campesina; héroe en la conquista de sí mismo, hombre que se ha batido con Dios, fuente de santificación: con la sabiduría de la edad y el abandono de un niño; en tensión hacia la altura y con los pies en el suelo; hecho para la alegría, experto en sufrimientos, distanciado de toda clase de envidia, previsor, que habla con franqueza, amigo de la paz, enemigo de la inercia, siempre fiel... ¡Tan diferente de mí!". En efecto, termina diciendo: "¡Tan diferente de

mí...!” Reconoce humildemente que la fuerza del sacerdote está justamente en su debilidad, pues, siendo pecador, se hace instrumento del Señor, atento y respetuoso a cada uno y testigo al mismo tiempo del don recibido de lo alto, signo vivo del Cristo pastor que ofrece la vida por los suyos y los reconcilia con Dios. Digámosle hoy al Señor que cuente con nuestra pobreza porque queremos vivirlo con toda su grandeza.

¡Qué grande es el ministerio sacerdotal! Dice el prefacio de hoy: *“Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, preparan a tus hijos al banquete pascual, presiden a tu pueblo santo en el amor, lo alimentan con tu palabra y lo fortalecen con los sacramentos.”* Ojalá los sacerdotes todos vivamos así. Oremos unos por otros y ayudémonos a vivir fieles a la gracia recibida de Dios para vivir a la altura de la vocación y ministerio que hemos recibido. Queridos hermanos: Necesitamos el apoyo y la oración de todos los cristianos. Orad por todos nosotros mientras hoy nosotros "avivamos la llama", el don que hemos recibido de Dios (2 Tim 1,6).

El Resucitado ha traído al mundo la alegría. Que los santos óleos –fruto de la bondad del Creador y del amor del Redentor—nos den el gozo y la paz de Cristo para seguirle en esta vida y gozarle en el cielo; y que nosotros, sacerdotes –ungidos— seamos, como instrumentos dóciles de Cristo Sacerdote, los mejores “colaboradores de vuestra alegría” (2Cor 1,24) y de la esperanza del mundo. AMEN.